

MIRADA urbana

Un vínculo incidental



Stéphane Franck Demiddel
Director Arquitectura Universidad San Sebastián, sede Concepción

La relación de la ciudad de Concepción con el río Biobío ha sido tema de conversaciones, debates, cartas y columnas durante décadas. Y, probablemente, quedará sólo en eso: una idea nunca realizada. Hace 24 años, se publicó un artículo que presentaba una propuesta de Ordenamiento Urbano para la ciudad penquista. Se trataba del "Eje Bicentenario" como conexión entre la Universidad de Concepción y el río, pasando por la Diagonal Pedro Aguirre Cerda, Barros Arana y el Parque Bicentenario: un trayecto caminable de 2,6 kilómetros, equivalente a unas 26 canchas de fútbol.

Uno de los objetivos centrales de esta propuesta era concretar el anhelo —tantas veces postergado— de abrir la ciudad hacia su río, siguiendo la idea de una Concepción fluvial y ribereña. A lo largo del tiempo, el tema ha sido retomado de manera esporádica con propuestas como soterramientos o pasarelas elevadas, siempre bajo el argumento de que el río es parte de nuestra identidad o que debemos reconciliarnos con la geografía local.

Sin embargo, temo que este proyecto nunca funcionará. Mi escepticismo se basa en principios planteados por figuras como Jane Jacobs, quien sostenía que la ciudad debe ser diseñada para la gente y por la gente; o Jan Gehl, quien



afirmaba que, en el diseño urbano, primero va la vida, luego los espacios, y al final los edificios. Cuando el orden es inverso, nada funciona. Y cuando hablamos de "la gente", hablamos de necesidades, historias, prácticas, creencias, en suma, de cultura urbana.

Por eso, considero errónea la afirmación de que el río forma parte de nuestra identidad. Desde su refundación en el Valle de la Mocha, Concepción ha vivido de espaldas al agua. Las lagunas, por ejemplo, fueron por siglos consideradas insalubres y utilizadas como vertederos. Sólo en las últimas décadas se han realizado proyectos para embellecer sus bor-

des y fomentar su uso público, pero los cambios culturales son lentos.

El caso del río Biobío lo demuestra. Su borde variable, afectado por crecidas e inundaciones, generó históricamente un alejamiento. A diferencia de ciudades como Valdivia, en Concepción el río nunca tuvo un uso productivo ni recreativo significativo, por lo cual no existe aquí una cultura fluvial. Proyectos como el Parque Costanera o la nueva Costanera entre Concepción y Chiguayante, introdujeron un borde definido a través de un pretil. Su construcción y la eliminación de la vegetación existente permitió abrir la vista hacia el

paisaje del río y la cordillera, pero también impuso una barrera física al contacto con el agua.

Con el tiempo, la falta de mantención permitió que la vegetación creciera descontroladamente, volviendo a levantar una barrera, esta vez visual. Así, nuestra relación visual con el río no es voluntaria, sino meramente incidental. Se trata de una contradicción entre los objetivos y los resultados, reflejando una desconexión profunda entre las propuestas urbanas y la cultura ciudadana existente. Tal vez, antes de conciliarnos con el río, deberíamos conciliarnos con nuestra propia identidad.